

## **TEXTO DE DESPEDIDA PARA GONZALO MARTNER GARCIA**

Gonzalo Daniel Martner Fanta  
19 de septiembre de 2002

Quiero agradecer en mi nombre y en el de mi familia lo expresado aquí en homenaje a mi padre en el día de su despedida y agradecer a todos su presencia y compañía afectuosa. Lo despedimos de manera sencilla pero auténtica, como el fue, sencillo y auténtico.

Gonzalo Martner García nació en marzo de 1928, hace 74 años, como el menor de una familia de 6 hermanos, hijos de Daniel y Camila, familia que se originó en la llegada desde Alemania al puerto de Constitución de su abuelo Rudolf Martner, por razones que se perdieron en el tiempo. Desde que nació, debe mi padre haber percibido el tráfago de la agitada vida pública de la época, y haberlo marcado para siempre, puesto que a los pocos meses de su venida al mundo su propio padre, Daniel Martner, fue electo por el claustro académico rector de la Universidad de Chile, cargo poco plácido a la sazón puesto que le significó terminar en el exilio con su familia. A su hijo menor le tocó, pues, aprender a dar sus primeros pasos en Ginebra, precisamente donde habría de pasar 45 años más tarde parte de su segundo exilio, que duró eso sí mucho más tiempo y se originó en hechos mucho más dramáticos. Para mi es imborrable el recuerdo de caminar con él, hombre de pocas palabras, junto al lago Lemán evocando estas y otras circunstancias familiares, como el hecho de que a él le tocara la muerte de su padre a los 17 años después de una larga enfermedad invalidante, la huella que dejó en él el Instituto Nacional, donde fue Mejor Institutano, después de salir del Colegio Alemán, en el que cultivó un sólido rechazo al nazismo que allí prevalecía, y luego su paso por la Universidad de Chile como estudiante de derecho y filosofía y luego de economía, en el que junto con destacar académicamente, selló su compromiso con los desposeídos de Chile como parte de una generación de hombres y mujeres que identificaron indeleblemente su destino con la izquierda, en el que fue secretario general de la FECH y cultivó amistades entrañables.

Mi padre fue en primer lugar un hombre con una gran curiosidad por la diversidad del mundo, con una formación variada y sobre todo con una mirada amplia sobre la vida. Estuvo diez años en la universidad como estudiante de dos carreras y media, fue abogado (aunque contaba que solo ejerció como tal durante una semana) y economista, y luego realizó estudios de postgrado en EE.UU. Pero además conoció casi el mundo entero en sus innumerables misiones como funcionario de Naciones Unidas. En nuestra infancia una pregunta a mi madre, que siempre lo apoyó en sus devaneos por el mundo y en sus opciones en la vida, era ¿donde está ahora el papá? y tenía las respuestas más variadas, así como variadas las tarjetas postales que llegaban de países lejanos. Como familia nos llevó a vivir a Bogotá, a París (mientras él estaba en Addis Abeba), a Bangkok. A los 13 años yo había dado dos veces la vuelta al mundo y mi hermano, que sólo tenía nueve años, había desarrollado una sólida aversión a los museos, que visitamos en los muchos países que recorrimos.

Los objetos que coleccionaba venían de todas partes, con una admiración por la cultura africana, por la música árabe, por la estética asiática, por la plástica de Oceanía, además, claro, de su devoción por América Latina y su admiración por Europa, en donde vivió parte importante de sus 12 años de exilio. Mi padre perteneció a esa categoría de chilenos y chilenas que vivieron su existencia con una actitud de apertura personal al mundo, compatriotas con auténtica vocación universal dignos de admiración, que contrasta con algunos de los aperturistas fenicios de hoy y tan irremediabilmente provincianos que recorren el mundo como pequeños mercaderes arrogantes y que algún día aprenderán de sus compatriotas que han sido ciudadanos humildes de la tierra.

Pero, por sobre todo, mi padre amó entrañablemente a Chile, su país. A mi padre le dolía la miseria, la desigualdad, el atraso y quería cambiar a Chile. Sentía desdén por la soberbia de los poderosos y estuvo dispuesto a enfrentarlos. Mi padre siempre vivió del fruto de su trabajo y fue un hombre sencillo y serio, aunque amante de la vida. Se preocupó de que nunca faltara nada en nuestra casa, pero sobre todo se preocupó de que no faltara el sentido del compromiso con nuestro país y con su pueblo. El canalizó ese compromiso, junto a un grupo de sus amigos, pares de profesión y sobre todo de convicciones, a través de una estrecha relación con el líder histórico de la izquierda chilena del siglo XX, Salvador Allende. Ellos eran unas dos décadas menores que Allende, pero fueron sus amigos auténticos, creo, y sus colaboradores por muchos años. Los nombró en su gobierno y lo acompañaron en su intento de transformar a Chile. En mi casa se hablaba de Allende con respeto y devoción. Cuando se lo recibía, había ahí sencillez, pasión y humanidad. Y tenía Allende con sus cercanos una lealtad a toda prueba. Me tocó sentirlo el 2 de septiembre de 1973, cuando una bomba estalló en nuestra casa, avicinándose la tragedia colectiva motivada por el odio ciego, y llegó el Presidente a los minutos. Me impresionó escuchar a mi padre tomar el teléfono e informarlo con serenidad y sobriedad de lo ocurrido y me impresionó mucho más ver a Allende momentos más tarde en la cocina de nuestra casa dar instrucciones a los policías que lo acompañaban con la indignación profunda del que quiere proteger a sus cercanos. Sentí cuando me saludó, sabedor creo de mi militancia adolescente de entonces en la extrema izquierda, el reproche silencioso hacia los que con nuestra pasión de justicia entendíamos poco de lo que estaba en juego. Nunca me extrañó entonces la defensa apasionada y pública que hasta el fin de sus días activos hizo mi padre del gobierno y de la persona de Salvador Allende, en la que empeñó su inteligencia, su capacidad de trabajo y su rigor, especialmente en las innumerables páginas y libros que escribió al respecto, cuando tantos preferían mirar para otro lado.

El análisis distante, que quede para los historiadores. Los que compartieron un sueño y una tragedia, y él fue el único ministro del Presidente Allende que permaneció en el mismo cargo durante los mil días de su gobierno, debían acompañarse y testimoniar. Los errores, había que reconocerlos, pero jamás renegar de los ideales compartidos. Mi padre fue un hombre fiel a sus convicciones y con su generación, hasta el difícil final de sus días, acompañado con abnegación infinita por mi madre. Muchos no lo comprendieron, pero él nunca se apartó de esa conducta. Enhorabuena. Así son los leales.

Permítanme leerles unas palabras en verso -que no era precisamente el género que ellos cultivaban, sino el de la escritura racional, muchas veces abstracta y severa- que escribió en 1995 su amigo Carlos Matus (para mí el arquero entusiasta aunque no siempre certero del equipo de fútbol de la CEPAL que integraba mi padre como medio campista y que veía jugar los fines de semana de infancia), no mucho antes de morir, en el prólogo de su último libro y que expresan bien la naturaleza del compromiso afectivo de la generación de hombres de izquierda a la que perteneció mi padre:

"A Pedro Vuskovic  
A Gonzalo Martner  
Éramos tres amigos  
Pedro, Gonzalo y yo,  
los tres fuimos hermanos de una misma convicción  
los tres fuimos ministros  
compañeros de Salvador.  
Pedro, integral y honesto,  
maestro y luchador  
Gonzalo, bondadoso y sereno  
generoso como un señor.  
Yo era el menor y orgulloso  
de la amistad de los dos.  
Alguien quitó el habla  
primero a Pedro, el soñador.  
Después castigó a Gonzalo,  
sólo a medias lo calló.  
Al frente hay pocos caminos,  
atrás, la noche está atrás,  
¿Puedo dialogar con ustedes?  
¿Puedo cambiar de visión?  
Conversemos, hay tantas cosas  
que acumula mi razón,  
y quiero compartirlas,  
contigo Pedro, hermano,  
amigo, contigo Gonzalo,  
¡Qué importa si pensamos distinto!  
¡Si la vida nos separó!  
Hasta siempre somos amigos,  
hasta el silencio mayor. "

Hoy ha terminado de llegar el silencio mayor, primero, me atrevo a decir, para Ernesto Torrealba, luego para Pedro Vuskovic, luego para Max Nolf, luego para Carlos Matus, y para tantos otros de sus amigos, como Darío Pavez, ahora para Gonzalo Martner García. Que descansen en paz, hombres buenos e íntegros que fueron.

Yo no puedo esconder, y ya lo habrán notado, la admiración que siento por mi padre. Yo

fui rebelde, siempre cariñosamente eso sí, con mi padre, como lo fue mi generación con los suyos. Mientras más rebeldes nosotros, más comprensivos y apoyadores ellos. Arrogantes nosotros, serenos y querendones ellos, a su manera, a la antigua. Sólo una vez mi padre me tuvo una tarde entera insistiendo en su punto de vista: cuando le conté en 1980 que me volvía desde París a Chile y él no quería que lo hiciera porque los riesgos le parecían grandes. Y se resignó y las cosas ocurrieron bien, por suerte. Si no, siempre su actitud fue la de respetar y apoyar, como lo hizo con sus tres hijos, con sus nueras y yernos, con todos sus nietos, a los que tanto quiso, preguntando especialmente en las muy últimas horas de su vida por su más pequeño nieto, hijo de su hijo menor, recién llegado a nuestra familia. Como querendón fue siempre también con sus hermanos, sus mayores a los que admiraba, que vivieron lejanos.

Cada uno seguirá con sus opciones en la vida. Las respetaremos como mi padre lo hizo, invocando su bondad, su firmeza de convicciones, su honestidad, su siempre vivaz sentido del humor, con más defectos que él, pero teniéndolo como un ejemplo de humanidad. Permítanme una disquisición muy personal. Me puso mi padre su nombre, que jamás fue una carga llevar sino un orgullo, aunque nos provocó a ambos bastantes situaciones cómicas. Si acaso, tal vez en alguna ocasión te habrás arrepentido de haberme puesto tu nombre, digo yo. Pero no, creo que con todos mis defectos nunca te puse en vergüenza, padre querido, y me esmeraré en no hacerlo nunca. Me pusiste además el nombre de tu padre Daniel, y jamás fue tampoco una carga sino otro orgullo. Yo nunca te hice promesas ni me las pediste. Pero hoy, mi padre muy querido, te voy a hacer una promesa en tu despedida de este mundo. Lo último que escribiste antes de tu enfermedad tan penosa fue, en 1991, un artículo que titulaste "Desafío para una generación" y en el que decías: "por mi parte sostengo que el objetivo central de un proyecto nacional de largo plazo es el de lograr, en democracia, que Chile llegue a ser un país desarrollado y equitativo en una generación" y que "para un economista, esto supone que los chilenos lleguen a contar en el 2020, o sea en treinta años más, con un ingreso por habitante bien repartido para situarnos así en el nivel de un país desarrollado de categoría media de Europa Occidental" y agregabas que eso suponía crecer al 6% anual pero haciéndose cargo de los 5.5 millones de chilenos ubicados debajo de la línea de pobreza. En ese empeño hemos estado muchos desde que tú escribiste esas líneas, padre, y el resultado no ha sido malo, más allá de las dificultades de la coyuntura inmediata. Ya para el 2010 estaremos bien encaminados hacia la meta. Yo tengo responsabilidades públicas y las seguiré ejerciendo, padre, mientras mis compañeros confíen en mí, y te prometo no cejar en el intento en lo que modestamente me corresponda, padre. Aunque nos dejas con un dolor infinito ante tu ausencia, ahora tú descansa, Gonzalo Martner García, que te lo tienes bien merecido.

